



VOL: AÑO 5, NUMERO 14

FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1990

TEMA: SUBJETIVIDAD EN LO SOCIAL

TÍTULO: **Mujeres: Los derechos y las equivocaciones** [*]

AUTOR: *Brian Magee* [**]

TRADUCTOR: Miriam Alfie

SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

La razón principal por la que George Orwell se exasperaba ante la simpleza socialista y la atacaba con tanta ferocidad, consistía en que él mismo era un socialista. Pocas cosas son tan irritantes como escuchar malos argumentos y levantar falsas protestas, en relación con una causa en la que uno cree apasionadamente.

Para mí, un ejemplo muy claro lo representan los derechos de la mujer. Creo en ellos sinceramente, pero la mitad de los argumentos más comunes presentados por las feministas son planteamientos malos o irrelevantes. Estos argumentos desfavorecen la causa misma, la cual es verdadera y justa.

Lo que dirige a tantas feministas hacia esta ciénaga de falsos planteamientos es un postulado inicial, que de manera equivocada, se sienten forzadas a hacer; el argumento que insiste en que las mujeres son, en todos los planos importantes de la vida, tan capaces como los hombres. Es cierto, que pueden serlo, pero ello no tiene nada que ver con sus derechos a la igualdad legal y social.

Cuando los derechos del hombre fueron proclamados en el siglo XVIII, jamás se le ocurrió a nadie basar esta proclamación en una afirmación según la cual todos los hombres tienen inteligencia, habilidades o potencialidades iguales. Obviamente que esto no es así. Pocos hombres son creativos; algunos son hábiles organizadores, mientras que otros son desesperados; algunos son inteligentes y algunos disparatados; algunos son fuertes y otros débiles. Estos hechos son evidentes a todo el mundo.

Si el argumento de la igualdad social entre los hombres descansara en una negación de la misma, hubiese sido éste un punto de partida erróneo. La distinción fundamental de los valores reales es esencial. El asunto sobre derechos y oportunidades iguales no se construyó únicamente sobre argumentos de facto, sino también a través de demandas morales. Este postulado se basa en la imposibilidad de la existencia de un argumento que establezca que la persona es insignificante. Héroe o cobarde, hábil o lento, competente o incapaz, todos los seres humanos cuentan, importan y están calificados para ser considerados iguales.

La aseveración anterior ha sido resguardada celosamente por la religión cristiana en una frase muy común: "Todos los hombres son iguales ante los ojos de Dios" y, además, en la idea de que Dios ama y se preocupa de igual manera por cada uno de los seres vivos. Este principio fue retomado tiempo atrás por humanistas y liberales de todo tipo.

Hoy en día las sociedades civilizadas se establecen bajo las reglas del Derecho, combinadas con el principio de igualdad ante la ley. Estos fundamentos no quedan invalidados frente a la amplia diversidad de aptitudes e inteligencias de los ciudadanos individuales; aún cuando se diese el caso de que todos los hombres fueran competentes y todas las mujeres incompetentes, las mujeres tendrían amplios derechos a la igualdad legal y social.

Esta energía implacable para probar que las mujeres son tan buenas en esto, aquello y en todo, así como los hombres; o para tratar de disculpar a las mujeres, cuando parecen no ser tan competentes, queda fuera de discusión.

El fracaso en estos puntos ha llevado a las feministas de un mal argumento a otros peores. El que no haya habido mujeres compositoras, pintoras o escritoras, obliga a las feministas a establecer que "las mujeres no han tenido la oportunidad de realizar estas actividades", pero históricamente esto es falso. Por cientos de años las hijas de las llamadas "buenas familias" en toda Europa estudiaron pintura y música como algo propio y natural, al tiempo que sus hermanos fueron alentados a seguir prácticas más varoniles como la cacería, la ballestería, la esgrima, etc.

Aunado a ello, las feministas aseveran: "Las mujeres jamás fueron capaces de tener trabajos o actividades que se exhibieran o representaran públicamente"; esto tampoco es cierto. Desde hace cientos de años, las mujeres han interpretado piezas musicales y también las han compuesto.

Sabemos acerca de las alumnas de Mozart -no sólo ejecutantes, sino también compositoras- pero sólo porque ellas eran alumnas de Mozart; no obstante, debieron haber existido innumerables mujeres con otros profesores distinguidos. Clara Schumann [***] no es un caso único o insólito, y sin embargo, es recordada únicamente como pianista; en sus días -aproximadamente hace siglo y medio - ella fue conocida también como compositora, pero su música no perduró.

La gran mayoría de las galerías de arte europeas incluyen pinturas creadas en siglos pasados por mujeres. Las pinturas están allí, pero no están entre las mejor consideradas y, por esta razón, los nombres de estas artistas son poco conocidos. Pero sólo tenemos que caminar por The National Gallery o The Wallace Collection, para admirarlas. Hace 300 años, durante el período de la Restauración en Inglaterra, existieron famosas escritoras de teatro, algunas cuyo trabajo ha sido recientemente editado, aún y cuando estas obras hayan fracasado en la puesta escénica.

Estos ejemplos refutan otro argumento muy común de las feministas, que afirma que jamás fue posible para las mujeres combinar su rol doméstico con el trabajo creativo. En cualquier caso, su rol doméstico jamás las detuvo para escribir grandiosas novelas. Resulta que esta tarea sí fue compatible con aquella actividad, pero no con la creación de grandes sinfonías u obras pictóricas.

Cuando las feministas retroceden y afirman que "las mujeres no han sido valoradas seriamente y que la sociedad no está preparada para aceptarlas como figuras significativas o de peso, de la misma manera en que se considera a los hombres", me parece que incurrir en el argumento más débil de todos. Desde cuándo producir o crear un trabajo original depende de hacer lo que otra gente espera. En todo caso, esto es totalmente contradictorio frente a los logros que las mujeres han tenido como novelistas, sin contar el reconocimiento y respeto del público que han ganado desde sus inicios como escritoras.

Más obvio que cualquier cosa, este planteamiento se dispara por la recurrencia con que lo tratan sobresalientes líderes feministas a través de la historia y en sociedades ampliamente diferenciadas, desde Cleopatra, vía Boadicea, [*4] hasta la Reina Isabel I. Las feministas cuestionan el que estas mujeres no fueron tomadas seriamente por nosotros los hombres y no fueron vistas por la sociedad como figuras significativas.

El argumento de que las habilidades creativas como la música, la pintura o el teatro debieran ser producto de una distribución fortuita entre los sexos, y el planteamiento de que el trabajo en cada una de estas áreas debiera ser ejecutado según aptitudes propias, inhibiendo con ello los factores sociales, son ambos, insostenibles y fallan en cada uno de sus puntos. Pero además hay dos cuestiones más importantes, igualmente erróneas.

Si leemos biografías de artistas magníficos, encontramos que muchos de ellos tuvieron que vencer no pocos obstáculos: falta de educación y preparación, desaliento, pobreza al extremo de la inanición, serias enfermedades (tanto físicas como mentales) ceguera, sordera, epilepsia, adicción a drogas, alcoholismo, persecución, encarcelamiento, torturas, exilio, negligencia de la sociedad y, algunas veces, una combinación de estos factores. A todos estos obstáculos, se añade para el caso de las mujeres la imposición de obstáculos sociales, mostrando a estas tan pálidas y frágiles que se hacen invisibles.

Si los tres argumentos de las proposiciones anteriores fuesen verdaderos: 1) que el potencial creativo en la música, la pintura y el teatro se encuentra distribuido fortuitamente entre los sexos; 2) que el triunfo de cualquier individuo, varón o mujer, nacido con un poco de ese potencial creativo, depende de las circunstancias sociales con las que tiene que competir; y 3) que aquellas circunstancias sociales han sido siempre más costosas para las mujeres que para los hombres el resultado sería una diferencia proporcional como la existente entre los novelistas y los líderes políticos: habría pocas, tal vez muy pocas compositoras, pintoras y escritoras, y las tres proposiciones explicarían el por qué de esta situación.

Sin embargo, ese no es el enfoque que tratamos de defender. Lo que queremos demostrar es por qué no hay grandes compositoras, pintoras o escritoras teatrales, ni siquiera una sola, siendo esta inexistencia la que nulifica todos los argumentos de las feministas. De acuerdo con estos argumentos, algunas mujeres dotadas y sobresalientes, tanto como ciertos hombres, han surgido en cada uno de esos campos y aún así, ninguna de ellas ha superado nunca las circunstancias adversas, lo cual es increíble.

La explicación no puede consistir en que los obstáculos sociales han sido sufridos universalmente y de manera única por las mujeres: primero, porque históricamente ello es falso; segundo, porque muchas mujeres se han convertido en grandes novelistas (y si tienen éxito en novelas, por qué no como compositoras, pintoras o escritoras de teatro) y, tercero, porque los más terribles obstáculos han sido sufridos y vencidos por artistas masculinos.

Con frecuencia en los primeros días del feminismo, aún más que hoy, dos argumentos no podían ser ambos ciertos si eran impulsados por una misma persona. Uno decía que no hay una diferencia innata entre el hombre y la mujer, excepto por las diferencias que se refieren al proceso reproductivo, y el otro, que las mujeres tienen una vida más difícil, una situación de vida más compleja que los hombres.

Ambos asertos son falsos y ello queda ilustrado por el hecho de que la mujer vive más tiempo que el hombre. Si la diferencia de longevidad es innata, esto significa que hay diferencias significativas entre los sexos que no tienen nada que ver con nuestros

procesos reproductivos; pero si esta diferencia no es innata ello quiere decir que los hombres tienen una vida más desgastante que las mujeres.

Hablando, como lo estamos haciendo, en el sentido de preguntarnos qué grupo ha vivido tiempos más difíciles, el grupo que ha tenido la vida más ruda de todas las de nuestra sociedad, es el de los hombres inadaptados. Siempre ha sido, y sigue siendo, más complejo ser aceptado como un hombre inadaptado que como mujer inadaptada. Hasta ahora, las mujeres han contado con la posibilidad de ser dependientes de los hombres en cualquier forma y ser resguardadas por ellos, pero un hombre que está imposibilitado o es incompetente, usualmente es visto con un dejo de burla, o peor aún, de exasperación. Y es que un hombre que fue incapaz de luchar en la vida es siempre objeto de desprecio. Hasta hoy en día, las instituciones y los individuos son mucho más benévolos con las mujeres inadaptadas que con los hombres que se encuentran en la misma situación, y están más atentos para ayudar a las mujeres sin someterlas a humillaciones.

La idea de que los hombres tienen una vida más variada e interesante, con más poder y más dinero, sólo es apreciable entre las clases medias y altas. Un trabajador no calificado o semicalificado probablemente pasará todo su día de trabajo en un solo lugar, haciendo un trabajo aburrido y repetitivo, en el cual tiene poca responsabilidad y ningún tipo de poder, mientras que su mujer tiene un día más interesante y variado, tiene mucho más que hacer frente a las emergencias y toma muchas de las decisiones en el gasto del ingreso familiar.

Esta situación fue característica en la mayoría de la población a lo largo de toda la era industrial, y aún hoy las feministas tienen cuidado en hablar de cómo la faenas domésticas o la falta de poder no son experiencias del pasado para casi todas las mujeres, aunque sí lo son para la mayor parte de los hombres. Pero lo contrario sería más cercano a la verdad.

Muchas feministas se quejan sobre la forma en cómo las mujeres son tratadas. Esto se aplica también a los hombres, pero lo que debería existir realmente es la queja acerca de cómo es tratada la gente, en general. Tomemos una situación trivial pero común: Las mujeres se quejan usualmente de que si van a un restaurante solas, se les hace sentir incómodas; se les asigna una pequeña mesa detrás de la puerta o abajo de las escaleras, y son ignoradas la mitad del tiempo por el camarero; y argumentan que ello es resultado de que son mujeres que salen sin la compañía de un varón.

De lo que las mujeres no se percatan, es de que si un hombre va solo a un restaurante, recibe exactamente el mismo trato. Esto es porque las mesas pequeñas en estos sitios son para dos personas, lo que significa que dar cualquiera de estas mesas a una sola persona, reduce en más de la mitad el consumo y la propina, pues la gente que almuerza o cena mutuamente se provoca o incita a comer o beber en mayor cantidad y a ordenar platillos, de tal manera que la cuenta es más alta de lo que sería si fuese sola.

Por ello, cualquier restaurante con la esperanza de llenar sus mesas, es profundamente renuente a designar una de ellas a una sola persona, y si de cualquier manera esta persona obtiene la mesa, ya sea ella o él, recibirá probablemente una agria bienvenida y la peor mesa, además de muy poca atención. Como un experto divorciado que come fuera de casa constantemente, tengo una amplia experiencia en esta cuestión.

La evidencia de que existen tendencias diferenciadoras entre los seres, no concernientes al aspecto de la reproducción, y de que algunas de esas tendencias no son sólo el resultado del condicionamiento social, es tan clara y arrolladora, que si el mismo grado de evidencia existiese para cualquier propuesta menos emotiva, ella sería aceptada en el

acto como verdadera. De hecho, tengo la leve sospecha de que toda la gente razonable sabe en el fondo de su corazón cuál es la verdad, aún y cuando deseen lo contrario. No existe una buena razón para negar mi propuesta, pero bajo el clima actual, mucha gente inteligente cae en el error.

¿Cómo alguien, si tiene hijos, pueden negarla? ¿Cómo alguien que ha educado niños o ha visto a otros crecer, cree que no hay diferencias innatas entre los sexos que van más allá de sus genitales? La realidad es que los niños tienden a ser más agresivos mientras que las niñas tienden a ser más ansiosas de aprobación y por ello más dóciles. Además, sin ningún tipo de estímulo previo, los niños son más afectos a las cosas mecánicas y están más interesados en ellas, mientras las niñas se interesan más en su ropita.

Estas diferencias no sólo son impuestas por la sociedad. La variedad opuesta de circunstancias familiares y sociales en las que estas diferencias emergen persistentemente, lo ilustra de manera clara. Así que no se puede culpar de todo a la crianza y tampoco se puede culpar de todo a la naturaleza.

Lo que evidentemente sucede es que tanto la naturaleza como la crianza de los niños y niñas, se complementan y se influyen de manera mutua; las diferencias innatas entre los sexos son admitidas en nuestras expectativas personales, pero también en nuestras instituciones, estimulándolas para posteriormente desarrollarlas de manera amplia.

Este desarrollo posterior y su mayor complejidad, me parece muy obvio en la vida adulta. Las mujeres presentan una tendencia muy marcada a analizar una situación en términos de las relaciones personales en que están inmersas. Los hombres, por el contrario, están más inclinados a realizar análisis en términos abstractos.

En toda organización en la que o con la que he trabajado, he encontrado que cuando discuto estas cuestiones con algún colega femenino, ella tiende a hablar fundamental y principalmente sobre los seres humanos que conforman la organización y sobre las relaciones entre ellos; sólo posteriormente se aproxima, mediante preguntas, a la línea de trabajo. Si discuto sobre la misma problemática con un colega masculino, él, más probablemente, hablará en términos puntualmente abstractos sobre reglas y sistemas, planeación, organización, presupuestos y representaciones.

La diferencia es clara y la he encontrado de igual forma en los negocios, la política, en la vida académica y aún en la vida personal y familiar. Sin duda, los dos acercamientos son complementarios y no es posible favorecer a uno por sobre el otro, o a alguno de ellos separadamente. La más antigua trivialidad establece que el hombre y la mujer se complementan en cada una de sus diferencias, y esto es como todo axioma-verdad.

Crudamente, pienso que las mujeres son más orientadas y más centradas que los hombres y los varones se inclinan más a ver las cosas de otra manera, mediante abstracciones y generalidades (las cuales, sea dicho de manera expresa, no son del todo perspicaces o refinadas en su mayor parte, pero sí enérgicas y penetrantes y casi siempre aprovechables). Si un hombre y una mujer tienen una relación apasionada, ésta se convierte comúnmente en la preocupación central de la vida de la mujer involucrada; y si de pronto ella descubre que la relación no es la preocupación central del hombre, se siente entonces incomprendida y ofendida.

Cada uno de los sexos desea que el otro, su contraparte, sea como él quiere y por no ser lo que el otro espera, lo ofende. La falta de entendimiento mutuo y la constante crítica, que se ha vuelto tradicional, es un resultado de las demandas incumplidas.

Pienso que esta diferencia general entre los sexos es una de las cuestiones que ayuda a explicar el por qué sus más preciados miembros tienden a sobresalir en distintas esferas, y ello es sano de recordar teniendo en cuenta que, estadísticamente, uno en un billón de cada sexo logra el éxito, lo cual implica la exclusión de casi todos nosotros.

El arte creativo en el que las mujeres han destacado notablemente, es el único en donde la materia y la sustancia son las relaciones personales, es decir la novela (de manera contraria se situaría el drama, en donde la materia y la sustancia es el conflicto). Ello explica por qué muchas mujeres sobresalen en el más alto nivel de las ciencias sociales y naturales, pero no en matemáticas o física, aunque allí destaca Marie Curie, la descubridora del Radio, que ganó un premio Nóbel en física, y otro en química.

Es esencial en todas estas comparaciones entre los sexos recordar, que son sólo comparaciones estadísticas. Todos entienden esto en el aspecto mundano. En cualquier sitio puede haber mujeres más altas que algunos hombres, no obstante lo cual, todos entendemos que clase de verdad es la que afirma que los hombres son más altos que las mujeres.

Si alguien argumenta sobre las diferentes características de los dos sexos en una gráfica, se obtienen dos campanas de Bell con sus líneas centrales de simetría en lugares distintos (véase el diagrama).

Diagrama No. 1

Sea que uno este midiendo longevidad, habilidades lingüísticas, tamaño de los pies, distribución social dentro de una profesión determinada, asistencia a partidos de futbol, etc., o casi cualquier cosa que usted desee, se encontrará en el esquema general del diagrama, la curva femenina cargada a la izquierda de la masculina y la masculina a la derecha.

En casi todas las características que hemos destacado, el área común de ambas curvas es mayor al espacio exclusivo que cada curva por separado; esa área común tiene una característica que se comparte por ambos sexos en todos los niveles, y el área ocupada sólo por las mujeres o únicamente por hombres, se encuentra en los extremos y lógicamente es muy estrecha.

En los casos raros, cuando lo que se está argumentando envuelve al genio de un Miguel Angel o de un Shakespeare o un Beethoven, o un Einstein, ellos estarán representados por uno de los delgados y diminutos puntos fuera del más lejano margen de la gráfica, donde hay con dificultad algunos otros puntos, y por ello no son una línea continua que pueda dibujarse, marcarse. Se trata de rarezas, de individuos anormales, no tan sólo una de persona en un billón, sino de un hombre en un trillón.

Podría ser que en esa área del diagrama ninguna mujer estuviera representada, pero más del 99.99 tampoco llegaría cerca de esa posición, así que no existe razón alguna para que ellos, como individuos, se sientan superiores.

He analizado muy poco en este artículo sobre los argumentos precisos de los derechos de la mujer. De hecho, ellos son los mismos que los Derechos del Hombre y han sido aceptados familiarmente de manera general en Occidente desde hace tiempo. El punto es que hasta hace poco ha sido percibido, aun por las mujeres, que estos derechos se aplican también a ellas.

Hemos llegado al punto donde el problema central ya no es el que este asunto sea aceptado teóricamente, sino que sea llevado a la práctica. Antes que la mujer goce de igualdad real de oportunidades con y frente a los hombres, e igualdad genuina frente a todas nuestras instituciones, tenemos un largo camino por recorrer.

Cuando ese día llegue, la diferencia entre los sexos será menor, porque estas diferencias no serán por más tiempo reforzadas y estimuladas por nuestro orden social. Pero ellas no desaparecerán.

Aun en condiciones ideales, con ambos, hombres y mujeres gozando de completa libertad y teniendo completo control sobre sus propias vidas, sus elecciones espontáneas perpetuarán un amplio número de las diferencias generales entre los sexos con las cuales estamos familiarizados.

CITAS:

[*] (1989) The Guardian, Weekly, noviembre 26. El título original dice "the rights and the wrongs", que también puede traducirse como "Los aciertos y las equivocaciones". Traducción de Miriam Alfie.

[**] Filósofo británico, autor entre otros textos traducidos al español, de Los hombres detrás de las ideas, (1982), FCE, México.

[***] Clara Wieck "de Schumann", el amor imposible de Brahms, que muere en 1896. (N. del T.)

[*4] Boadicea fue una reina británica capturada por los romanos, que se suicidó valientemente en el año 62 de nuestra era. (N. del T.)